



KONVERGENCIAS

FILOSOFÍA Y CULTURAS EN DIÁLOGO

NÚMERO 27

OCTUBRE 2018

Buenos Aires

ISSN 1669-9092

Cultura y vacuidad

La construcción de la liberación mediante la intuición de la nada

Héctor Sevilla Godínez (México)¹

¹ (Guadalajara, 1976). Doctor en filosofía por la UIA de la Ciudad de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT, de la Asociación Filosófica de México y de la Sociedad Académica de Filosofía de España. Es consultor del Observatorio de Responsabilidad Social para América Latina y el Caribe / UNESCO. Profesor e investigador de la Universidad de Guadalajara en el Centro Universitario de los Valles. Entre sus últimos libros se encuentran *Filosofía Transpersonal* (2018), *La sombra del candelabro* (2018), *Apología del vacío* (2016), así como la coordinación de la obra colectiva *Analogías alternantes de la nada* (2015). Cuenta con más de 75 artículos publicados en revistas incluidas en índices internacionales, además de tres novelas publicadas. Ha contribuido

En el presente artículo² se esbozan dos ideas centrales: el sentido de la intuición de una Nada, contenedora de todo lo que es, y la opción de elaborar un camino de liberación a partir de su delineamiento. La intuición de la nada como un vacío detrás de todas las elaboraciones culturales edificadas a partir de la existencia humana en el mundo propicia una visión antropológica alternativa y un cambio en la manera de entender el progreso humano o lo que es “mejor” para las personas. El presente texto alude algunas implicaciones prácticas que podría vivir la persona que asume la nada o el punto de vista de la vacuidad. Se abordarán diez requisitos básicos o condiciones implícitas que deben cumplirse para la vivencia profunda de la nada, es decir, las implicaciones prácticas que se derivan de abrazar la vacuidad. Cada uno supone un acto voluntario del individuo en función de su elección de asumir el punto de vista de la vacuidad en cierta proporción, al menos la suficiente para un compromiso mayor.

1. La nada como sustento libertario

¿La Nada... es nada? Ésta es la pregunta que da inicio a todo lo que se ha generado en este texto. Si la Nada no es algo, ¿cómo podemos concebirla? Si la Nada no es nada, ¿cómo podemos referirla? Si la Nada es algo, ¿para qué hablar de ella o de ello? Principalmente, para hacer notar eso mismo: que la Nada es, que debido a que es podemos ser y que debido a que somos la podemos concebir, al menos desde los parámetros en que los humanos entendemos.

¿Tiene sentido actualmente hablar de la Nada? Por supuesto. El motivo principal para hablar de ella es que se ha dejado de considerarla, como si no fuera, como si solamente hubiese sido un concepto que fue superado en la Edad Media. Pero ello no es así, la Nada ha sido ocultada, maquillada, temida, escondida o negada a lo largo de la historia del pensamiento humano y es por ello que ahora, en una época en que nos estamos quedando

al ámbito de la ontología, la mística, la educación y la literatura, aportando las bases de un renovado nihilismo. Contacto: hectorsevilla@hotmail.com.

² Para una mayor profundización, véase: Sevilla, Héctor (2017). *Contemplar la Nada. Un camino alternativo hacia la comprensión del ser*. Ciudad de México: Ítaca.

sin respuestas, la Nada debe mostrarse como alternativa a nuestro deseo, muy humano de ser plenos. La Nada que se manifiesta en la nada es el espacio propicio para las potencias, para los inicios, para los nacimientos de las nuevas ideas, de la creatividad, de la destreza mental, del entendimiento oportuno y de la palabra acertada. La Nada se hace presente en la nada mediante distintas analogías como el cero, la ausencia o el silencio; a la vez, faculta el espacio, el cambio y el movimiento, las modificaciones sustanciales, las pérdidas o los sinsentidos. Es ahí, en la nada que al hombre contemporáneo aún le queda, que éste debe reconstruirse para volver a ser, ahora de un modo distinto, más profunda y plenamente. La nada que le queda al humano es considerarlo todo.

La consideración de la nada implica así una nueva perspectiva. A la nada se la ha visto con distintas caras, siempre modeladas por la subjetividad humana, por los intereses religiosos o por los miedos temáticos; la nada ha ocupado roles que le hemos construido para no dejar que otros la vean. La nada se ve sin verla, pero la hemos cubierto de velos al temer su desvelo. Esto ha hecho que se la entienda contraria al ser, como contraparte de lo más laudable y digno en el ser humano; se ha creído que sustrae cualquier motivo para seguir viviendo, cuando que es a través de ella que podemos tener la opción de reaprender el mundo.

Todo es una manifestación de la nada que está en todos lados y puede ser referida en cada momento, en todos los rostros, en todos los ámbitos y desde cualquier óptica. La nada no ofrece algo a cambio, pues el cambio es contemplarla. Contemplar la Nada no sólo nos despierta, sino que nos permite recordar que estamos vivos. La nada siempre está ahí sin ser percibida. No la vemos porque abrimos los ojos, no la sentimos porque nuestra corporeidad nos estorba, no la escuchamos porque la propia voz y el ruido del mundo nos han dejado sordos, pero aun así podemos percibirla en la parte nuestra que está más cerca del cero del que hemos partido. Estamos condenados a buscar la nada sin poseerla jamás.

Es necesario distinguir a la “Nada” que es contraparte constitutiva del Ser, algo absoluto, y la palabra “nada” que alude a todas las posibilidades concretas en las que la Nada se manifiesta desde lo tangible o lo humano, como negación o ausencia. Los términos de Ser

y de Nada se configuran en similitud de proporción ontológica, en sentido abstracto y universal; por el contrario, los términos de “ser” y “nada” están asociadas al ámbito óntico, concreto y específico de los dos anteriores, en vinculación con los entes, incluido el humano. En ese sentido, se asume que la contemplación de la Nada (a través de la nada) es un camino alternativo de comprensión del ser (y del Ser)

2. Implicaciones prácticas de asumir la vacuidad

Romper con los ídolos

No hay algo que se anticipe o que se anteponga a la nada, así como tampoco hay algo que esté después de ella. La primera regla para adentrarse en el mundo de la nada es eliminar las concepciones de la divinidad. Hacer a un lado los ídolos implica dejar el espacio hueco que la nada siempre ha dominado y conservado, pero que los hombres hemos tratado de llenar con nuestras fantasías divinas. Hablando de fantasías, puede afirmarse que Dios es equivalente a una especie de Santa Claus de los adultos. Todo mundo se molesta cuando le dices a un niño que tal personaje obeso no existe, te exigen que les mantengas la ilusión. Eso es precisamente la religión, la ilusión que debe mantenerse. Toda religión es una forma socialmente aceptada de fantasear, así como fantasean los niños con la llegada de Santa Claus. ¡Los adultos esperan con entusiasmo anhelante y acrítico que alguien baje por la chimenea de sus almas! En vez de colgar el calcetín para el regalo navideño, debemos guardarlo para el lodo cotidiano, pues ni con todas las pías luces decembrinas adornando cada cuerpo endeble podríamos alumbrar un poco nuestras recónditas miserias humanas.

Romper con los ídolos no equivale a proponer el ateísmo, pues el límite de éste consiste en centrarse en la negación de Dios, reduciéndose a una postura que no es consecuente con algo más. No basta con la negación de Dios que hace el ateo, es imperativo dar un paso más allá y llegar a la consecuente afirmación de la nada. El ateo se define en función de lo que niega, pero etiquetarse como negador de Dios, o sin Dios, no es algo enteramente propositivo si se limita a una actitud de sustracción que es incompleta, pretendiendo

volverse válida por el hecho de invalidar. Resulta similar a definirme como “anti-carnívoro”, cuando es obvio que ese adjetivo es insuficiente e inferior al término “vegetariano”, el cual ya implica asumir algo y propone una conducta concreta que apunta a comer vegetales y no sólo a no comer carne. El ateo, entonces, no da ese paso clarificador. Ciertamente requerimos un término para aquel individuo que afirme la nada; podría parecer que el término “nihilista” es el más adecuado, pero no es así, pues el nihilista no asume la fecundidad de la nada, sino su aparente esterilidad.

Se propone entonces, por primera vez, el término de “nadante” para referir al individuo que ha roto los ídolos y que se ha vuelto un militante de la nada.

Asumir la tolerancia situacional

El hombre siempre está situado en un contexto específico. La visión situacional implica que no podemos ir más allá del presente concreto en el que nos ubicamos. Esto vuelve imprescindible la actitud de mostrar tolerancia situacional, la cual consiste en admitir pacientemente las situaciones más embarazosas o dolorosas. Si se cree que todo fluye y que el cambio es lo único que permanece, entonces no se tienen que obstruir los procesos por miedo a alguna situación, sino dejar que la situación sea: vivirse situado y abrir la posibilidad de abrazar situaciones nuevas.

Por ejemplo, una persona que vive una pérdida debe asumir el duelo con todas las letras, no negarlo u evadirlo. El duelo tiene una caducidad, de tal modo que sólo llegamos a ella cuando permitimos que el tiempo transcurra. Si el duelo no se tolera o no se permite habrá una deuda pendiente emocional que tarde o temprano será cobrada por nuestra psique.

La tolerancia no existe por sí misma, requiere de un reforzado ejercicio personal por contener el ansia de escapar ante una situación específica. No me refiero a que debamos dejarnos sufrir o no evitar las situaciones claramente perjudiciales, sino de distinguir entre las circunstancias que podemos evitar y las que no, permitiendo dedicar el tiempo a las primeras y dejar fluir el proceso de las segundas. Si estoy en un momento en que debo llorar entonces es mejor hacerlo, tal como hay que aceptar que sucedan las rupturas que son

necesarias o permitir a otros que aprendan por sí mismos. Esto es tolerar la situación siendo consciente de su temporalidad.

Es cierto que el dolor puede enseñarnos, pero en algunas ocasiones conviene prevenirlo o evitarlo cuando sea posible. No se trata aquí de generarnos situaciones difíciles como propósito, sino de asumir situacionalmente las que ya nos han envuelto. Siempre hay tiempo de cortarse las venas, sangrar el alma y escurrir la fe, pero luego hay que ponerse de pie y dejar de arrastrarse un poco.

Privilegiar la comprensión interpersonal

La opinión del otro difiere originalmente de la mía porque el otro no soy yo. Eso es simple, pero resulta complejo aceptarlo de manera natural. El otro no es el que genera la diferencia, sino que mi propia diferencia hacia él es la que propicia la suya hacia mí. No hay culpables en ese sentido, sólo consecuencias del natural curso de la existencia de cada uno de los dos implicados.

Si capto que el otro no controla el contenido de sus pensamientos y que no es totalmente libre para pensar de otro modo debido a que ha dogmatizado su propia verdad, entonces no podré verlo como un inocente, sino como alguien consecuente con su humanidad. El otro puede estar esclavizado en univocidades absolutistas y le puede resultar más conveniente, por muchas causas, creer lo que cree y saber lo que sabe. No hay culpa en ello, sólo causalidad humana.

El nadante se centra en la importancia de la comprensión personal, reconoce que la imposibilidad de certezas lo une con el resto de los humanos y esto le permite visualizar el conflicto como algo completamente esperable. No se trata de evitar el conflicto, sino de disminuir nuestra ansiedad ante su presencia. La misma naturaleza está abierta a los conflictos por su propia apertura al devenir, lo cual también sucede en el plano humano.

Si se asume que no hay verdad unívoca posible no se discutirá por saber quién la posee. En una discusión hostil ambos partes pierden de antemano, nadie tiene una verdad absoluta que defender. Si nadie puede escapar de su propia subjetividad, ¿por qué habríamos de molestarnos con el individuo que trata de defender su razonamiento sin

haber despertado a la evidencia de que su propia subjetividad lo aleja de toda certeza objetiva? No hay motivo para irritarse, aun cuando sea comprensible la molestia potencial hacia algunos individuos especialmente obstinados que, creyendo saber, sólo muestran su ingenuidad. Incluso eso hay que comprenderlo: a pesar de nuestras considerables distancias hay muchas semejanzas en nuestros intentos fallidos por tener razón.

Aniquilar toda culpa

Las culpas son heridas demoledoras que fabricamos personalmente debido a nuestra creencia de que existe una “obligación moral” que no respetamos en su momento. Sin embargo, en la ocasión en que decidimos aquello que hoy nos provoca culpa, utilizamos los recursos que teníamos a nuestro alcance y la decisión derivada fue la que consideramos correcta en ese instante. Está claro que, pasado el tiempo y con la adquisición de nuevos aprendizajes, podemos cambiar nuestras perspectivas y juzgar el hecho desde otra óptica. Lo anterior es muy natural y comprensible, pero el valor de la culpa es nulo si se utiliza como ejercicio de demolición personal. La culpa no es propiedad de nadie, todo lo sucedido es producto de la causalidad. La culpa, vista desde estos parámetros, no tendría que subsistir.

No seremos imparciales si juzgamos con severidad a la persona que hemos sido tiempo atrás, porque las razones de quien fuimos quizá no las entienda el que somos. Aún más, la conciencia de la equivocación se sitúa en el momento en que son captadas las consecuencias del acto, pero no en el momento en que tal acto fue realizado. Lo que ahora vemos era invisible tiempo atrás. ¿Cómo culparse por no leer el futuro? Eso es realmente irracional e innecesario.

Erradicar las culpas significa vivir el presente, asumir que la bondad o la maldad de los actos no es algo implícito y que un individuo que hace cualquier cosa podría arrepentirse y culparse después en caso de que, circunstancialmente, el acto realizado produzca consecuencias que sean desfavorables. Asimismo, existe la posibilidad de que tales consecuencias desfavorables nunca sucedan y que no exista culpa posterior aun cuando el acto realizado haya sido el mismo. Como vemos, la culpa es una consecuencia de concebir la inadecuación del acto debido a situaciones circunstanciales que propician que el

resultado no sea como se espera. Sujetos a tal causalidad, ajena a nuestra comprensión, la culpa es innecesaria.

Por ejemplo, puede que un próximo papá espere con ansia y gusto a su nuevo bebé y creyendo que lo protege de desgastantes exámenes médicos que perturban su calma en el útero confía en su médico y en su ejercicio profesional. Pero tal médico incompetente descuida el proceso del embarazo y al final un parto anticipado daña la salud del bebé. El padre no sabía que esto sucedería y, de hecho, si nunca hubiera sucedido se podría jactar consigo mismo de los cuidados excelsos que dio a su –en ese caso– hijo sano. El que ahora se sienta culpable no es sólo por su decisión o por sus actos, sino por lo que cree que fue la consecuencia directa de dichos actos. Tal consecuencia es, por el contrario, indirecta respecto a la decisión del padre y multifactorial en lo causal. Es decir, se mezclaron circunstancias fuera del control del padre para que al bebé no se lo atendiera bien, tales como la poca sensibilidad del médico, las condiciones ambientales, un embarazo de riesgo, inexperiencia de la propia madre y muchas situaciones más. Cuando el padre se culpa de lo que ha sucedido se equivoca rotundamente. Los hechos nunca son lineales, obedecen a un mundo caótico cuyo orden e infinitud de conexiones no entendemos. Y si no lo entendemos, ¿por qué suponer que la culpa es justa?

Es cierto que hay hechos desagradables, pero pensar que somos directamente responsables de todo lo que sucede equivale a promover demasiada exageración y protagonismo causal a nuestro valor humano endeble y frágil ante el mundo y la nada. Las causas que ocasionan que las cosas sean como son están totalmente fuera de nuestro control y conocimiento. Como humanos sólo vemos una parte muy limitada de las cosas y, además, lo que sí vemos siempre lo distorsionamos. Vivimos en el mar de un mundo en que observamos sólo la punta del iceberg frente a nosotros y ese iceberg puede ser, de hecho, un mundo más.

Sentir culpa es algo humano, tremendamente humano. Pero no se trata de deshumanizarse para dejar la culpa, sino de comprender que las causas íntimas de las decisiones de nuestro actuar (o no actuar) son también algo muy humano y digno, mucho más que la culpa misma. Ningún águila come alpiste, no corresponde al humano regodearse

en el charco de su culpa, a menos que esto sea para comenzar a salir de ahí o para responsabilizarse de resarcir la situación.

Resignación activa

Se nos ha inculcado que la resignación es sinónimo de derrotismo o pasividad, de cobardía o automutilación voluntaria. Pero si abrimos un poco los ojos y ampliamos el criterio podremos notar que, debido a que no todo está bajo el poder de la propia voluntad, hay cosas inevitables. Más aún, debemos comprender que incluso los actos voluntarios están delimitados por una subjetividad que se ha construido socialmente y de la que tampoco tenemos pleno control.

Resignarse activamente implica reconocer la imposibilidad de controlar lo que nos rodea y disponerse a enfrentar de manera propositiva lo que sí es posible hacer hoy. El presente es lo único que queda tras los ayeres que se han ido. No hay algo que podamos hacer por lo que ya sucedió ni lo podemos intentar más allá del hoy que está sucediendo.

Existe un sentido en la palabra “resignar” que no se ha explorado lo suficiente. En su contenido más íntimo, quien *resigna* vuelve a poner un signo, es decir, hace una modificación en la manera en que comprende o representa algo. Resignar es también resignificar. Puesto que todo signo tiene un significado, cambiar el signo supone la modificación de significados. En buena medida, cambiar el signo-significado de algo implica una diferente percepción de lo sucedido y del presente. Así pues, la resignación se libra de su significado peyorativo cuando logramos resignar la resignación y modificar el significado de la palabra en nuestro entendimiento, lo cual la vuelve útil y no algo que necesitemos evadir. ¿Podría suceder lo mismo con aquello de lo que huimos? ¿Podrían nuestros acontecimientos desagradables, pasados e incambiables, volverse oportunos y hasta coadyuvadores de bienestar personal tras una resignación adecuada? La mayoría de las veces así es.

De poco sirve llorar por lo que se ha perdido si no se aprende a cuidar más lo que aún se tiene. Resignificar es signar activa y conscientemente. Incluso hemos de ser creativos para las interpretaciones que hacemos de las cosas, en función del bienestar o la honesta

conveniencia. Por ello, sólo es posible una resignación adecuada en la medida en que se erradiquen, como la mala hierba, las visiones unívocas, autoritarias y absolutistas.

Nadie puede elegir si sale o no el sol mañana, pero quizás podemos elegir qué hacer con su luz. Nadie podrá evitar tampoco que el mismo sol se esconda al anochecer, pero aun así queda la opción sobre el modo de aprovechar la oscuridad. Habrá que bendecir y dejar de maldecir, pues es probable que la comprensión promueva nuevas alternativas.

La re-significación es un proceso siempre personal. No se puede esperar llegar acompañado a donde nadie ha ido antes. Hay caminos que sólo se pueden andar estando solo, espacios en los que en soledad se es. No hay más, no se puede exigir a nadie correr cuando quiere caminar, volar cuando quiere sentarse, vivir cuando quiere sólo existir. Nadie tiene la obligación de complacernos, la expectativa es creación nuestra y es tiempo de desterrarla. El amor nunca tiene que implicar negarse a uno mismo.

Las personas somos como estaciones de la naturaleza; no podemos esperar a que sea siempre primavera ni hay manera de forzar que así sea, los capullos requieren de cierta privacidad para que brote la flor y ésta en algún momento se marchita tras brindar su belleza. En la vida todo muere y hay que dejar que muera, pues sólo muriendo se renace. No se puede obligar a una flor a que abra antes de tiempo, ni a una mariposa a serlo cuando apenas es oruga, las cosas llevan su tiempo y las personas también.

Si te ha tocado ver a alguien a los ojos, penetrar su espíritu y sentirte captado, eso ha sido ya una historia bella, pero suponer que eso será para siempre es sólo vanidad. Contemplar la Nada es dejar ir los significados anteriores, dejar vivir y dejar de nuevo que las historias puedan continuar por caminos diferentes. Más que encerrar al colibrí en la jaula, hemos de ser felices viéndolo volar, pues ésa es su condición natural. En ese sentido, cuando encerramos en conceptos y signos a las cosas y a las personas no permitimos que su esencia pueda manifestarse.

Desentrañar las visiones unívocas y autoritarias

El impedimento para abrir los brazos a una visión diferente es la suposición de que lo que se cree no se debe de cambiar. Hemos entendido que estamos obligados a morir fieles

a las ideas que nos han inculcado las personas que nos quieren, asumimos que al ser transmitidas con amor seguramente constituyen algo inamovible. No hay verdad unívoca y no hay forma de sostener la suposición de que somos poseedores de la misma.

Cuando menciono la necesidad de desentrañar las visiones unívocas aludo que éstas se nos cuelan hasta las mismas entrañas sin que se puedan percibir totalmente. Las órdenes, mandatos y reglas del exterior se acojinan en la conciencia a manera de introyecciones. Suponemos que la voz de la conciencia es la voz del verdadero yo y nos equivocamos. La conciencia moral no es más que la repetición de las reglas sociales aprendidas que han sido reiteradas a manera de sonambulismo reflexivo. Creemos que eso es lo más nuestro, lo más íntimo y puro que procede del interior. No obstante, nada hay en el interior que no haya sido antes externo. Obrar según la conciencia no implica obrar correctamente. Aferrarse a una idea, creencia, posición o postulado es evidencia de que se carece de una visión más amplia. No somos las creencias que tenemos, no somos los supuestos, no somos los constructos.

Crear que todo eso es propio del yo es evidencia del más grande de los univocismos: la idea de la existencia sustantiva del yo. La conciencia ha generado la ficción del yo, eso a lo que podríamos llamar “yoicidad”. Ahora bien, no somos la yoicidad porque tal es solamente el disfraz que le ponemos al yo que se desvanecería ante nuestra vista sin el uso del disfraz. Si en función de mi *yo* es que soy autoritario conmigo y me impongo lo que supuestamente mi *yo* decide, entonces he perdido de vista que mi *yo* es una elucubración más de mi conciencia para separarse del resto de yoicidades supuestas. Esto implica que, en el fondo, lo que nos separa como individuos son sólo ideas, ilusiones y falsedades.

Erradicar el supuesto del yo es permitir que los nexos sean reales, implica la comprensión del otro debido a la comprensión común. ¿Cómo deshacerse del yo si es lo único que tenemos? Ante tal interrogación ingeniosa cabe decir que no nos tenemos que deshacer del yo porque nunca realmente ha sido nuestro y no es posible deshacerse de lo que no nos pertenece. Más concreto es deshacerse de la idea del yo, de la creencia de la Verdad, del supuesto bien absoluto y del fanatismo.

Ya he hablado de la necesidad de romper los ídolos, ahora me refiero a la irrenunciable proeza de desvincularse del resto de los supuestos que nos hacen pensar que hay *una* forma correcta entre tantas. No se sostienen los autoritarismos, las imposiciones, las confluencias insanas, las adhesiones irreflexivas o los partidismos absolutistas. El hombre contemporáneo intuye que si elimina todo eso se quedará vacío, lleno de nada, pero es ésa precisamente la intención última y el camino a seguir.

Un hombre así, desalienado y desarraigado de los sistemas, es un hombre aislado pero seguido. Tiene quien lo ve y quien lo reconoce, constituye junto con otros un grupo subterráneo que en algún momento emergerá. Esto requiere valentía, no la del que se siente superior y sobrado, sino la derivada de saberse leve y pequeño. La valentía de incluso saberse percibido como alguien sin valentía y aun así ser congruente con lo que se anhela.

Vivenciar la levedad

Saberse frágil, contingente, pequeño y leve es comenzar a ser grande. No se trata de una grandeza expansiva sino implosiva. No es oportuno continuar con los esquemas occidentales que imponen la saturación o el exceso; es necesario entender que lo pequeño es lo grande y que, en ocasiones, menos es más. Vivenciar la levedad es reconocer la humanidad. No hablo de humanismos soberbios que proponen que somos los arquitectos plenos de nuestro destino, sino humanismos que asimilen la levedad y pequeñez de lo que alcanzamos a percibir, desterrando el iluso supuesto de que eso es la Verdad. Quizá éste sea el advenimiento de un post-humanismo que suponga un enfoque alternativo menos apegado al control, al poder, la felicidad o la plenitud. También en la parcialidad se puede ser, aun en la pobreza y en la miseria aprende a conocerse el hombre. No es necesario “autorrealizarse” para realmente encontrar la trascendencia, pues tal es ya mismo, ahora y aquí.

Vivenciar la levedad es aceptar con tranquilidad los cambios imprevistos que la vida supone y disponerse a actuar conforme con la necesidad de modificar los planes, de dejar anteriores proyectos, de tener que romper relaciones, de dejar espacios o trabajos, de despedirse incluso del ser amado. Hay siempre una inevitabilidad correspondiente a cada

vida humana. Parcialmente nos sabemos controladores de nuestra vida, pero es inteligente soltar tal control y aceptar sólo las pequeñas riendas que el caos nos permite tener.

Vivenciar la levedad es saberse mortal y pensar en la muerte, no como enemiga o triste final, sino como forjadora de sentidos que, si al menos no son unívocos, sí pueden alegrar parcialmente la vida. Se trata de reconocer que el cuerpo es también cambiante y que pronto dejará de tener todas sus facultades. Asumir la levedad consiste en reconocer la influencia del paso del tiempo y la imposibilidad de pausar su efecto en nosotros, es aceptar que todo fluye como un río interminable que no sólo pasa sobre nuestros pies sino que nos lleva incluidos.

Reconocer la levedad significa entender la caducidad de nuestras promesas, lo cambiante de nuestras emociones y lo falso de lo perpetuo. Admitir la fragilidad es aceptar la posibilidad de dejar de amar o ser amado, la posibilidad siempre presente de la traición, del olvido, la bajeza y el engaño. El hombre es leve, necesitado siempre de oxígeno, de espacio, de alimento y de cariño constante. Tan limitado que requiere pausar su día durante ocho horas, que no puede evacuar de una vez por todas, que se enferma, que cambia de humor, que varía en su ánimo y motivación. Lo leve es frágil y lo frágil es débil. Sólo asumiéndose débil comienza el hombre a fortalecerse. Lo demás es solamente apariencia que busca negar la fragilidad; al final nada quedará de la riqueza, el poder, la fama, la fortuna, la belleza, los controles, liderazgos o posesiones que tengamos. El hombre está solo ante lo tormentoso de cada uno de sus días, frente a la miseria que observa en el espejo cuando las lágrimas han corroído el maquillaje ocultador. El hombre está en soledad y por ello se oculta en lo tangible, lo visible, lo verbal y cuantificable; pierde de vista que lo que está a la vista no le ayuda a escapar de su propia náusea.

Admitir la levedad es hacer a un lado toda soberbia posible, embarazar a la vanidad y permitirle abortar sola. Más grande es la nada del hombre si no acepta a la Nada que es. Menos se es cuando se quiere ser, más se es cuando se destierra el ser de uno mismo. Somos nada hasta que Nada seamos.

Comprender solidariamente el padecimiento colectivo

Sólo somos levedad y debemos sentir comprensión por quien todavía no se ha dado cuenta de ello. Una comprensión consistente en el reconocimiento de que tal persona todavía vive sumida en la creencia básica de la ontología tradicional, a saber, que sólo importa lo que es. Aquel que encuentra su yo en todo lo que lo rodea, sin evidenciar su propia nada, está condenado al ser. Irónicamente, mientras más ser posea menos es. Mientras más aumenta lo lastimoso de este proceso para el prójimo más podemos convertir el mutuo padecimiento en comprensión.

El hombre centrado en la nada sabe compadecer a aquellos que aún buscan encontrar en diversiones insanas su propio pasatiempo, a los que abandonan el arte de su propia vida y terminan por someterse a otros, a los que desperdician sus días frente al televisor, a los que buscan relaciones antiguas con ansiedad anhelante de reconciliación, a los que depositan la esperanza en entidades construidas por culturas antiguas que nunca encontraron la Tierra prometida ni el Cielo en la tierra. Hemos de compadecer a quienes todavía suponen que el honor se gana y no se tiene ya, a los que viven en alerta ante cualquier oportunidad para aprovecharse de otros, a quienes aún piensan que pueden convertirse en personas iluminadas si identifican su interior cuando, en realidad, este mismo no es suyo y no es plenamente interno. Hemos de compadecer a aquellos que ordenan a otros lo que deben de hacer y que además creen que fueron “enviados” al mundo para hacerlo. Hay que compadecer también a los univocistas moralizadores, a los jefes, a los jerarcas impositivos, a los constructores de dominio, a los devotos irreflexivos que constituyen la masa del pueblo y que señalan con odio a los que buscan hacerlos pensar.

Compadecer la levedad, tras encontrar la propia levedad, es no hacer diferencias en función de ilusos patriotismos. Los países del mundo celebran su independencia sin notar que no se han independizado de su necesidad de fraccionarse ante los demás. La verdadera independencia sería trascender los absurdos nacionalismos gregarios para lograr comprender que todos somos ciudadanos del mundo y que a todos nos debemos por igual. Cuando podamos asumir que la patria es solamente una idea, quizás nos aceptemos más los unos a los otros sin importar las razas, colores o ideologías. Al final, lo que nos une es la

vacuidad que nos antecede y que nos aguarda, así como lo leve y fallido de nuestra identidad.

Mucha comprensión es necesaria para tener la capacidad de compadecer. Una vez lograda, procede convertir el padecimiento en solidaridad e identificar la imposibilidad de toda certeza, lo cual nos convierte a todos en convalecientes. Si alguien se burla de otro por creer en fantasías, pierde de vista que no puede estar exento de semejante levedad. Necesitamos creer en algo, aun en la imposibilidad de las creencias. Se requiere construir alguna postura sobre la cual edificar, incluso sabiendo que el piso es resbaladizo y hueco. Es recomendable buscar la honestidad, aunque de nuestra boca salga sólo la mentira. Hemos de construir sistemas (como éste) aun reconociendo la ambigüedad de los mismos y la imposibilidad de su realización universal. En ello radica precisamente nuestra levedad, en necesitar lo innecesario, en nunca escapar de la contingencia.

Pareciera patética tal levedad, pero no debe suponerse que por el desagrado que nos causa sea totalmente negativa, pues eso sería caer en un error categórico que nos conduce a la actitud convulsiva de la polarización.

Nulificar las polarizaciones

Una forma concreta de asumir la nada consiste en no atribuir las cosas que vemos a situaciones polarizadas. Al asumir la sabiduría de la no-dualidad se reconoce que incluso entre el ser y la nada hay una dialéctica constitutiva y que ambos conceptos son sólo una parcialización derivada de nuestra polarización. La realidad es una conexión continua entre el ser y la nada, una interacción en la que el ser es la forma y la nada es el fondo, un hilemorfismo actualizado que nunca se desprende de todo lo que existe.

Las polarizaciones, más allá de la del ser y la nada, cabe que sean confrontadas en nuestras concepciones. En lo que respecta a las ideas acerca de lo bueno y de lo malo, es oportuno considerar todos los matices existentes entre tales opuestos y no reducir nuestra óptica a la consideración de los extremos. Siempre es posible algo más malo o algo más bueno según nuestros parámetros de lo que creamos sea el límite. A pesar de que no son sostenibles, usualmente utilizamos tales dicotomías para explicar nuestra opinión o las

referimos como intención didáctica ante la complejidad de lo que nos rodea. Las cosas no son tan polarizadas como las solemos concebir. Entre el santo y el pecador no hay realmente tanta diferencia, son sólo dos personas que siguen parámetros distintos sobre lo que es deseable. La polarización es producto de las visiones unilaterales, si éstas fuesen erradicadas no habría polarización posible.

Tampoco es necesaria la polarización emocional o realizar juicios extremos, como pensarse fracasado o exitoso, cuando esto mismo es una producción personal a partir de las propias ideas que desencadenan un estado de ánimo particular. No tendría que haber polarización tan desfasada como la existente en la distribución de la riqueza, cuestión que ha sido uno de los principales pilares de división en toda la historia de la humanidad y endeble fundamento de las diferencias jerárquicas, económicas e ideológicas que son cuna de la segregación, la sectorización y la partición de la unidad. No estoy argumentando a favor de que todos los hombres deban ser iguales en el sentido de vivir en las mismas condiciones o que posean idénticas cualidades, sino que suscribo que lo que nos hace diferentes no supone una diferencia esencial. El rico y el pobre no son entes distintos en lo que respecta a su carácter ontológico, viven en circunstancias distintas, pero en ambos hay vida y rasgos humanos.

Evitar las polarizaciones nos vuelve cautelosos en nuestros juicios y permite evitar el comentario intrépido o sin justificación. No es necesaria la difamación, ni la crítica desaforada, el señalamiento insulso o el enfrentamiento poco cívico entre dos posturas encontradas. No se posee la verdad o la mentira, todo depende de la perspectiva en que las cosas son reveladas a nuestra conciencia. Por ello, toda discusión debe iniciar con el planteamiento de la polivocidad y el reconocimiento de las alternativas.

Tampoco es sensato acusar a otra persona por el hecho de no coincidir con nuestra percepción de lo que debiera ser su conducta, menos aun cuando no se tiene la plena certeza de la acusación. Habría que evitar distorsionar la fama de alguien a quien no se conoce de verdad, advirtiendo que el pleno conocimiento de otro es solamente una quimera. Tendríamos que permitir que las personas vivan sus vidas, dejar el juicio hacia

afuera y comenzar a hacerlo hacia adentro. Evitar las polarizaciones es pensar y someter a juicio las propias palabras antes que hablar para destruir a los demás.

Al final, si somos capaces de dejar atrás las polarizaciones, focalizar la solidaridad, romper los univocismos y los ídolos, aniquilar las culpas, resignar activamente, comprender interpersonalmente y ubicar situacionalmente, lograremos vivenciar la nada interior.

Vivenciar la nada interior

Antes que cualquier otra cosa somos posibilidad. Debido a la nada somos tal posibilidad. Cada ser humano es un conjunto de potencias aún no realizadas, pero siempre presentes. Ningún ser vivo tiene sustraídas sus posibilidades a pesar de que cada persona limite o fraccione sus propias potencias o que las circunstancias, azarosas y decididas, lo pongan en una perspectiva lejana de algún tipo de posibilidad mejor.

A lo largo de la historia de la filosofía se ha planteado frecuentemente la pregunta sobre la naturaleza humana. Sobradas veces se ha respondido que la esencia espiritual, la bondad implícita o la conexión ineludible con una divinidad creadora son pautas de tal naturaleza. No afirmaré aquí ninguna de tales; por el contrario, considerando la amplia variedad de interpretaciones, asumo que la naturaleza nos provee un carácter moldeable, modificable y flexible. Es probable que la naturaleza humana no se fundamente en algo estático. Más allá de tal estaticidad, la condición humana es la causante de nuestra capacidad de adaptación a los esquemas, ideologías y creencias. Tal condición de maleabilidad es parte fundante del fenómeno de la evolución, en ello radica que los seres que trascienden o las especies que sobreviven son las que se adaptan mejor a las circunstancias. Lo anterior supone, en buena medida, que la condición humana tiene que ver con la adaptación, con la maleabilidad. De ahí se explica que las personas desarrollen costumbres que son heredadas de su propia cultura. Nuestras perspectivas del mundo se han configurado a partir de nuestro estar en el mundo. He ahí la condición natural de lo humano, somos naturalmente culturales.

Rompiendo con las polarizaciones, es menester observar que tal naturaleza condicional no es buena o mala, solamente es. La capacidad de adaptación es lo único que prevalece en

cualquier individuo de cualquier cultura, época o ubicación geográfica. Por ello podemos construir, elaborar y constituir íntimamente un modo de vida, pero siempre adaptándonos. No hay esencia ni naturaleza estructurada en lo humano a menos que ésta consista en una desestructuración que busca estructurarse. Podré entender enseguida que esto pueda causar mucho desgano, sobre todo en aquellos que han supuesto una esencia determinada, bella y bondadosa. Tales superfluas consideraciones son sólo vanidad. El ser vivo tiene la naturaleza de adaptarse y preservar la vida con la única intención de morir en su momento justo, de forma natural. Entiendo que una naturaleza amorfa, cuyo principal carácter sea precisamente la informidad y la disposición a tomar la forma que se desee, pueda resultar grotesca para los que se cobijan tras los unívocos y absolutismos. ¿Qué tanto puede molestar al lector saberse en sí mismo amorfo de origen? Quizá sea esta molestia un indicativo proporcional de su propia domesticación bajo creencias absolutistas.

Lo que permite que nuestra naturaleza sea amorfa, dispuesta a tomar la forma que se requiera, es su implicación con la nada. Nuestra condición es posible en función y en la medida en que la nada está presente. Sólo cuando se logra un poco de conciencia de esa nada que uno contiene se alcanza la flexibilidad necesaria para formar un esquema de vida. Esto implica que la naturaleza humana está en franca relación con la nada, la cual tiene la capacidad de ser llenada del modo que sea de acuerdo a la condición humana. En el hombre hay más nada que en un mosquito, puesto que, en este último, aunque también tiene posibilidades, hay menos espacio disponible para tales. Por tanto, todo ser vivo posee una nada que es distinta a la nada correspondiente a lo humano, la cual es decididamente mayor; de esta distinción categorial se deriva que el humano tenga mayores posibilidades que las implícitas en cualquier insecto o animal. Esto muestra que la nada es también constitutiva de la naturaleza de las cosas existentes y no sólo del hombre, aunque cabe distinguir que la nada que corresponde a las cosas tiene una convivencia dialéctica con una entidad que difiere de la entidad de lo humano. En la medida en que aumenta la complejidad ontológica de un ser, más aspectos de su entidad estarán en relación con la nada o la vacuidad.

Vivenciar la nada es permitir las posibilidades y alejarse de lo establecido o lo dogmático para nuestra propia vida. Es entender que todos pueden ser todos, es confiar en el otro ser humano, en que llene sus vacíos de la forma que crea conveniente o que tome la opción de no llenarlos. La nada permite esa posibilidad de acción, esa actualización de posibilidades que en sí misma es la vida. Una vez que termina la vida se permite el parto final de la muerte que es nuestra última posibilidad.

Vivenciar la nada es estar dispuesto a todo, es dejar atrás los miedos permitiéndolos, es superar la incertidumbre asumiéndola, es estar por encima de los unívocos aceptando el equívoco y, con ello, lo Unívoco total. Vivenciar la nada es amar temporalmente, es poco prometer, es nada esperar, es mucho recibir. Se trata de creer en lo absoluto negándolo, de ver a Dios no viéndolo, de encontrar a los demás al encontrarse uno mismo mientras se entiende el sentido de la solidaridad constructiva. Vivenciar la nada consiste en guardar silencio para escuchar por primera vez, es dejar de hablar para oír la propia voz que antes nos fue ajena; asimismo, es dejar de decir cosas para lograr comprenderse, es traspasar el lenguaje y usarlo sólo como referencia, es entender lo que hay detrás de todo entendimiento, es relacionarse con otros sin fusionarse ni permitir la fusión enajenante de otro con uno mismo.

Vivenciar la nada es, a lo sumo, vivir muriendo, renacer cada noche y reintegrarse al ciclo del caos inevitable. Vivenciar la nada es permitir que las cosas sean y permitirse ser parte del fluir universal, es alzar la voz sin miedo o controlándolo, es mostrar la inconsistencia de nuestros ideales, el sinsentido del sentido y la nada de lo que es.

Ciertamente, la edificación cultural podría ser una contraparte de la vacuidad, a menos, por supuesto, que se considere la opción de una culturización que sea capaz de integrar la vacuidad que nos corresponde. Mientras eso sucede, la contemplación de la nada, el sinsentido y el hueco, es un primer paso hacia la liberación.